una especie de extravagante concordia, y se esforzaba en conciliar nombres ó imágenes, como para unir doctrinas.

Luego, aunque las estatuas de los personajes citados por Lampridio estuviesen colocadas en el gran oratorio, *lararium majus*, superior en dignidad al *lararium secundum*, que era probablemente (Greppo. *Laraires de Sev. Alex.*, página 32) una sala de biblioteca ó un museo destinado á recibir los bustos de los grandes hombres, no parece que estemos autorizados para considerar como honores divinos los que compartía con el conquistador macedonio, con el sofista de Tiana, y que no podían tener el carácter de un culto de adoración propiamente dicho más que para Jesucristo, asociado á nombres tan chocantes á causa de un incalificable eclectismo.

Agreguemos, para concluir, que esta veneración por Orfeo, si se mantenía en límites justos, no era tan opuesta al espíritu del cristianismo como podría creerse desde luego. Muchas gentes se extrañarían si se les demostrase con testimonios, sin embargo, irrecusables, cuán latas eran las ideas de los primeros cristianos, y sobre todo las de los más antiguos autores eclesiásticos, sobre la salvación de los gentiles que han tenido el conocimiento de Dios y han observado la ley natural.

No puede pensarse en reunir aquí los textos de los Padres, y especialmente de los Griegos, que vendrían á desarrollar esta doctrina (véase en este asunto la tercera disertación de D. Calmet sobre la *Épître aux Romains*, y el artículo *Gentils* en su *Dictionnaire de la Bible.*)

Baste recordar que varios de ellos, fundándose en estas palabras de la *primera Epístola de San Pedro* (III, 19): *His qui in carcere erant spiritibus veniens prædicabit*, «fué (Jesucristo) á predicar á los espíritus que estaban en prisión», han pensado que cierto número de gentiles recibieron la predicación del Hijo de Dios en los infiernos, durante el tiempo que estuvo allí en el intervalo transcurrido desde su muerte hasta su resurrección. Nicetas, sobre el discurso XLII de San Gregorio Nacianceno, refiere una singular historia en la cual Platón, apareciéndose á un cristiano que hablaba de él como de un impío, le dijo que había sido el primero en creer en la palabra del Salvador.

Sea lo que quiera, el hecho en sí mismo, verdadero ó supuesto, comprueba la opinión de los primeros siglos sobre la salvación de los gentiles, puesto que se admitía como no repugnando á la fe. Lo mismo sucede con aquélla otra tradición que suponía que el emperador Trajano se había librado de las penas del infierno por las oraciones de San Gregorio el Grande. Esto es lo que un viejo poeta ha dicho en estos dos versos (Arévalo. *Hymnodia hispanica*, pág. 139):

Ille Trajanum revocans ab orco
Efficit dignum superum catervis

(Véase Estius, in lib. IV, dist. 46, 241.—Véase también la curiosa disertación del abate Emery sobre la mitigación de las penas de los condenados.)

No nos admiraremos, pues, de esa especie de culto tributado á Orfeo por la antigüedad cristiana; porque si por una parte descansaba en ideas exageradas de su mérito como profeta, de la conformidad de su doctrina con la de los Libros santos, y además en las relaciones á veces algo arbitrarias, aunque siempre ingeniosas, entre él y el Salvador, cuestión que, una vez más, no tenemos que examinar; por otra parte, tenía también su origen en un sentimiento de tolerancia amplia, no menos que ilustrada, de la que pocos cristianos serían capaces hoy: los unos traspasando los límites de la razón, los otros no sabiendo conseguirla; estrechez de espíritu por una parte, olvido de los derechos de la justicia por otra; en todos, falta de conocimiento exacto y puro del verdadero espíritu del cristianismo: *Nescitis cujus spiritus estis* (Luc., XI, 55).

ORIENTACIÓN DE LAS IGLESIAS CRISTIANAS.—Reglamentos que se remontan, según se cree, al origen mismo de la Iglesia, y que fueron fijados, por consiguiente, en las *Constituciones apostólicas* (II, 57, y las notas de Cotelier), disponían que las iglesias fuesen construídas de modo que la puerta mirase al Occidente, y que el ábside tuviera su convexidad al Oriente; de este modo los fieles, al orar, tenían la cara vuelta hacia el Oriente: y la principal de las numerosas razones místicas para que se haya dado esta disposición, es que debemos dirigir nuestros ojos hacia el paraíso terrestre, que Dios puso en el Oriente, con objeto de mantener en nosotros el sentimiento de haberlo perdido, así como el deseo de conseguir el cielo, que es el verdadero Edén.

Como quiera que sea, no parece que esta regla haya sido siempre obligatoria, pues sabemos por Sócrates (*Hist. eccl.*, V, 21), por San Paulino de Nola (*Epist.* XII *Ad Sever.*), y por Eusebio (*Hist. eccl.*, X, 4), que fué derogada desde los primeros siglos. Estas derogaciones podían, á la verdad, reconocer su origen en la necesidad de protestar contra ciertos herejes que habian imaginado ver á Jesucristo en el sol. Siempre vemos que todo sistema de orientación puede encontrar su modelo en Roma, aun entre las más antiguas iglesias. Así, santuarios al Este: San Lorenzo extramuros, Ara-Cœli y San Pablo; al Sud: San Juan de Letrán, San Gregorio y otros más; al Norte: Santa María del Pueblo, Santa María *ai Monti*, etc.: al Oeste: San Pedro, Santa María la Mayor, San Clemente y Santa Práxedes.

Se ha dicho que, para conservar al menos el espíritu de la costumbre primitiva, se había, en las iglesias orientadas á la inversa, dispuesto el altar de modo que el celebrante tuviera la cara vuelta hacia el pueblo, y por consecuencia hacia el Oriente. Pero en todas las basílicas de Roma, el altar se halla vuelto de ese modo, cualquiera que sea su orientación. Debe inferirse de esto que no había nada invariablemente fijo en este asunto.

OSTENSORIUM.—Véase el artículo *Ambón.*

OVEJAS.—Cuando Nuestro Señor confirió á San Pedro sus poderes soberanos sobre su Iglesia, estableció una diferencia entre los corderos y las ovejas (Joan., XXI, 16, 17), y la tradición católica ha entendido constantemente que el Salvador señalaba como corderos á los fieles, y á los Apóstoles como ovejas. Además existe la misma distinción en los monumentos figurados (véase el artículo *Cordero*); y en los sarcófagos y en los viejos mosáicos de Roma y de Rávena, principalmente, vemos los Apóstoles figurados por ovejas en número de doce. Nuestro Señor aparece allí en persona, en su traje tradicional, ó en el de pastor, en medio de los Apóstoles, cada uno de los cuales tiene una oveja á sus pies (Bottari, tav. XXVIII). En algunos monumentos de la Galia (Millin. *Mid. de la Fr.*, pl. LIX, 2) las doce ovejas están colocadas, no á los pies de los personajes cuyo emblema representan, sino en el friso superior. Conviene observar que unos corderos, también en número de doce, que se encuentran con bastante frecuencia en los mármoles, representan, no á los Apóstoles, sino á los fieles, cuando salen de las dos ciudades típicas, las cuales denotan una diferencia de origen, origen judaico; ECCLESIA EX CIRCVMCISIONE, origen pagano, ECCLESIA EX GENTIBUS (véanse los grabados del artículo *Iglesia*), diferencia que no podría ser aplicada á los Apóstoles, perteneciendo todos al judaísmo por su nacimiento. De todos los mosáicos, el de San Apolinario de Rávena (Ciamp. *Vet. mon.*, II, tab. XXIV) es el único donde las ovejas están colocadas en las condiciones exigidas para simbolizar los Apóstoles. Este monumento del siglo VI representa alegóricamente la Transfiguración. Una cruz gemada, en un cielo estrellado, entre Moisés y Elías, ocupa el lugar del Salvador. Algo más lejos, tres ovejas figuran los apóstoles Pedro, Santiago y Juan (Matth., XVII, 1); y al pie de la montaña, los doce Apóstoles bajo la forma de otras doce ovejas (véase el artículo *Transfiguración*).

Un fragmento de sarcófago del museo de Kircher presenta dos ovejas vueltas hacia el centro, donde estaba, sin duda, el cordero divino, y sobre la cabeza de las cuales están inscritos los nombres IOANNIS *et*..... US, por LVCANVS (*Lucas*). Estas dos ovejas suponen otras dos, representando en la parte rota á los otros dos evangelistas.

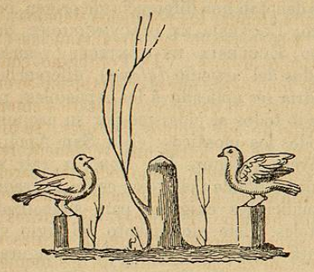
P.

PADRINOS Y MADRINAS.—La institución de los padrinos y madrinas para los bautizados se remonta al origen de la Iglesia. Tertuliano hace mención de ella (*De Baptism.*, I, 28), así como San Basilio (*Epist.* CXXVIII), San Agustín en varios lugares y otros muchos Padres y escritores eclesiásticos. El Concilio de Nicea (can. XXII) dispone que los hombres no puedan tener en las pilas niñas ni mujeres, ni recíprocamente; y, según las *Constituciones apostólicas* (lib. III, 16), las funciones de padrino eran á menudo desempeñadas por los diáconos para los hombres, y por las diaconisas para las mujeres. En todos los casos, los padrinos debían ser cristianos, bautizados, no excomulgados, ni con entredichos, ni suspensos.

Su oficio consistía en presentar el candidato al obispo ó al sacerdote, para instruirlo de las cosas necesarias (S. Thomas, III part., quæst., 67, art. 8), á pronunciar por él la profesión de fe si era niño, á recitar al obispo ó al sacerdote la oración dominical, á prometer por él renunciar al demonio, á sus obras y á sus pompas (véanse los artículos *Renuncias*, *Profesión de fe bautismal*), á darle algunas veces su nuevo nombre, á recibirle á su salida de las pilas sagradas (véase el artículo *Albas bautismales*, II), y, por último, á comulgar con el recién bautizado durante toda la octava. Los padrinos recibían diferentes nombres, relativos á sus varias funciones: *afferentes*, *sponsores*, *fidei jussores*, *patres spirituales*, *paranymphi*, *susceptores*. Estaban obligados á velar al bautizado, aun respecto á sus intereses temporales, hasta la edad adulta si eran niños; á guiarlo al bien, y á recordarle las promesas de su bautismo con sus consejos y sus ejemplos.

PÁJAROS.—Además de las palomas, que representan un papel tan importante en la simbólica de la antigüedad cristiana (véase el artículo *Paloma*), se encuentran, sin interrupción, en las capillas y otros sitios de las catacumbas,

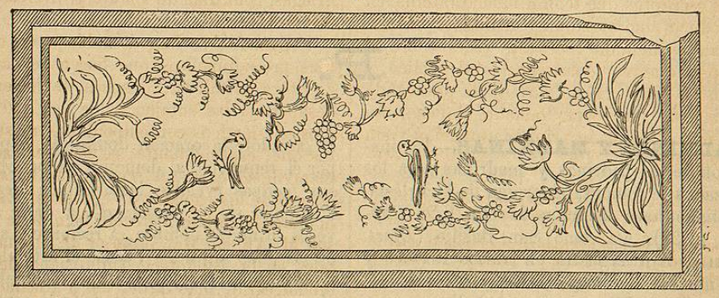
pájaros volando ó parados (véase Aringhi, I, página 569; II, pág. 63 *et passim*). Damos aquí, como ejemplo, el croquis de un fresco tomado de la *Roma subterránea* de M. De'Rossi



(t. I, tab. XIV). Pero nada es tan precioso en este género, como una pintura de bóveda de la cripta histórica descubierta hace poco en el cementerio de Pretextato (véase De'Rossi. *Bullet* 1863, pág. 3). En medio de guirnaldas de rosas y de espigas de trigo, se ve una multitud de nidos ó de pajarillos que esperan ó reciben el alimento del pico de sus madres. Esta pintura se encuentra reproducida en el artículo *Estaciones* (*Las cuatro*), á donde remitimos al lector. Pero no resistimos al placer de poner ante su vista, en este momento, un asunto análogo, aunque mucho menos complicado: es un encantador fresco del cementerio de Santa Sotera, que publica M. De'Rossi en el volumen III de su *Roma subterránea* (tab. XIII), recientemente dado á luz, y en el que unos pájaros juguetean á través de los pámpanos cargados de frutos. Es una elegante decoración imitada del antiguo y digna de los mejores tiempos del arte romano.

Algunas veces han querido los cristianos, según se cree, trazar de este modo una figura alegórica de la ascensión del Salvador, citándose en apoyo de esto un pasaje de San Gregorio que ha indicado esta analogía (*Homil.* XXIX. *In Evang.*): *Avis recte appellatus est Dominus, quia corpus carnem ad æthera liberavit*, «con razón ha sido el Señor llamado pájaro, porque su cuerpo se ha elevado en los aires».

Quizá era esta también la representación simbólica de las almas de los mártires y de los fieles en general, las cuales, al escaparse de sus cuerpos en medio de los tormentos ó simplemente de las tribulaciones de la vida, podían decir con el Profeta (Ps. CXXIII, 6): *Anima mea sicut passer erepta est de laqueo venantium: laqueus contritus est, et nos liberati sumus;* «mi alma, como el gorrión, ha sido arrancada á la red del cazador: la red se ha roto y nos hemos libertado». Sabemos, en efecto, que desde los primeros siglos los pájaros fueron considerados como el símbolo de los mártires: *Alia caro volucrum*, dice Tertuliano, *id est martyrum qui ad superiora conantur* (*De resurrect.*, LII), «otra es la carne de los pájaros, es decir, de los mártires, que dirigen su vuelo hacia las regiones superiores». Que en las tumbas los pájaros son el símbolo del alma de los difuntos, es lo que no puede dudarse en presencia de un mármol muy antiguo



de Roma (De'Rossi. *Inscr.*, t. I, n. 937), donde están grabados dos pájaros, encima de cuyas cabezas se leen los nombres de dos personas sepultadas en la tumba: BENERA ET SABBATIA.

De vez en cuando se encuentran pájaros en jaulas pintados en las paredes de los cementerios ó delineados en vasos de cristal, tales como el que ha publicado Boldetti (pág. 154, tav. VI). Se supone que representan el alma humana aprisionada en las trabas corporales, ó mejor todavía, los mártires bajo la presión de la crueldad de los tiranos. Sea de ello lo que quiera, el uso de esta alegoría se ha conservado mucho tiempo en la Iglesia. Un doble ejemplo nos queda en el mosáico de la tribuna de Santa María *in Trasterere*. Una de las jaulas está colocada cerca del profeta Jeremías, con esta inscripción: *Christus Dominus captus est in peccatis nostris*, «el Señor Jesucristo ha sido preso en nuestros pecados», lo que alude á la Pasión del Salvador; la otra, cerca de Isaías, con estas palabras: *Ecce virgo concipiet et pariet filium*, «he aquí que una virgen concebirá y parirá un hijo», palabras que se refieren á su encarnación, por la cual fué encerrado nueve meses en el seno virginal de María, como el pájaro en su jaula.

Todavía hoy, en la ceremonia de la canonización, se ofrecen al Papa, entre otros presentes, pájaros encerrados en jaulas, los cuales recuerdan, si hemos de creer á Francisco Peña, citado por Boldetti (*Osservaz.*, página 25), las virtudes y los méritos de los Santos.

Pájaros reales ó quiméricos estaban, á la manera de adornos, pintados con frecuencia en las paredes de las iglesias primitivas, esculpidos en los sarcófagos, los dípticos, etc. (véase Paciaudi. *De cult. S. Joan. Baptist.*, página 260), bordados en los velos de los templos, en los vestidos sagrados, etc. Véase, para completar estas nociones, el artículo *Animales representados en los monumentos cristianos.*

PALIMPSESTO.—I. Esta palabra está compuesta de dos vocablos griegos, πάλιν, «de nuevo», y φάω, «yo borro». En la antigüedad, esta palabra designaba ciertas tablitas ú hojas de prueba, en las que se escribía todo lo que se quería, sin perjuicio de hacer raspaduras, enmiendas, entrerrenglones, y aun borrar lo escrito. Ulpiano le da el nombre de *charta deletilis*, papel destinado á ser raspado, papel de desecho, esto es, lo que nosotros llamaríamos *borrador*. Para poner las hojas de papel ó de pergamino en estado de servir de nuevo, se hacía desaparecer la primera escritura con auxilio de la esponja.

Los escritores que tenían mucho interés en no producir sino obras muy meditadas, las ensayaban á menudo repetidas veces sobre el palimpsesto antes de entregarlas al público, y Catulo (1 *Epigr.*, 4) se burla de la pretendida facilidad de un poeta llamado Sufleno, en hacer malos versos de primera intención y sin enmiendas:

> Sed tu ne toties domini patiare lituras,
> Neve notet lusus tristis arundo tuos.

«Tú no toleras las multiplicadas raspaduras de tu maestro, ni que la severa pluma reprima los juegos de tu indiscreta fecundidad.»

Cicerón hace también uso de la palabra palimpsesto en una carta á Trebacio (*ad. Fam.*, VII, *Epist.* 18), en la que expresa su admiración por la paciencia de éste en volver á copiar sus propias epístolas sobre el palimpsesto. «Es una economía muy plausible, sin duda, pero yo busco lo que ha podido merecer ser borrado así en este papelito, *chartula*....., porque yo no puedo creer que borréis mis cartas para escribir allí las vuestras. ¿Querríais hacerme comprender que vuestros negocios son poco prósperos y que os falta el papel?»

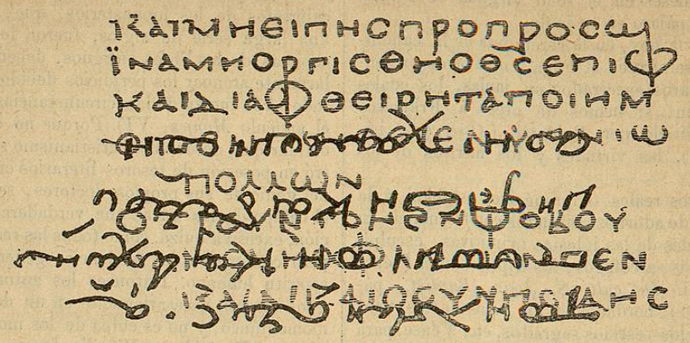
II. Los procedimientos del palimpsesto, al reproducirse en la Edad Media, han ocasionado á la literatura antigua pérdidas que nunca sabremos lamentar. Pero los inmensos servicios prestados á esa misma literatura por los calígrafos de los monasterios, que, durante una larga serie de siglos, fueron los únicos copistas de los libros antiguos, deben singularmente atenuar los perjuicios debidos, sobre todo, á la fuerza de las circunstancias (véase el artículo *Monjes*, VI). Porque no conviene olvidar que, desde que el cristianismo se encontró en posesión de tesoros literarios emanados del genio de sus propios doctores, se hizo en el campo de las letras una verdadera revolución, excesiva quizá, como todas las reacciones, pero conforme á las tendencias generales del espíritu humano. Entonces los autores antiguos cayeron necesariamente en un descrédito momentáneo, y no es culpa de los monjes copistas si Eurípides y Virgilio fueron abandonados por los lectores cristianos, cuyas preferencias se inclinaban á San Gregorio de Nacianzo ó á Sedulio. De ahí la desgraciada idea, para evitarse comprar pergaminos, cuyo precio era entonces muy elevado, de quitar de los bazares de sus bibliotecas los escritores de la antigüedad, que eran menos solicitados, y de borrar su escritura para escribir en su lugar los autores cuyos relatos gozaban de más crédito. Unas veces borraban los caracteres por medio de una preparación química, otras veces los raspaban con un instrumento cortante.

Los manuscritos que han sufrido una de estas dos operaciones se llaman *códices palimpsesti*, ó *rescripti*. Parece cierto que se han perdido de esta manera varias piezas de teatro, griegas, comedias de Plauto y diversas oraciones de Cicerón.

Felizmente se han descubierto en nuestros días procedimientos que hacen reaparecer la escritura primitiva, después de haber hecho desaparecer las enmiendas de la Edad Media. Dos eclesiásticos contemporáneos nuestros son los que, especialmente, se han dedicado, con maravilloso éxito, á reparar las faltas y los errores de los copistas de entonces. Estos dos hombres, que han merecido bien de la ciencia, son M. Angelo Mai, profesor de lenguas orientales en la Biblioteca Ambrosiana de Milan, bibliotecario, más tarde, del Vaticano, y que ha conseguido de este modo resucitar la *República* de Cicerón. El segundo es el abate Peyron, de Turín, que ha descubierto, debajo de la nueva escritura con que se habían recargado en los siglos de atraso intelectual, varios fragmentos inéditos de las oraciones de Cicerón á Scauro Tulio y contra Claudio. También se debe á este sabio la restitución, por el mismo procedimiento, de gran número de constituciones del Código Teodosiano, completamente desconocidas hasta él.

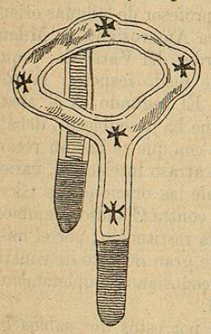
El camino abierto por estos dos sabios ha sido seguido después por otros muchos, especialmente por M. Tischendorf, erudito alemán

que se ha hecho célebre por notables trabajos sobre la Biblia, y en particular por la publicación de numerosos palimpsestos. Él se ha ejercitado, sobre todo, en un famoso manus-



crito de nuestra Biblioteca Nacional, que se compone de hojas sueltas en escritura uncial del siglo IV, comprendiendo fragmentos del Evangelio y del Antiguo Testamento. Este precioso monumento fué llevado de Constantinopla á Florencia por Lascaris, y de Florencia á París por Catalina de Médicis. En el siglo XIII fué cuando se escribió una homilía de San Efren sobre el texto primitivo. M. Tischendorf, á fuerza de paciencia y de sagacidad, ha descifrado uno y otro y ha publicado su trabajo en Leipzig en 1845, con el título de *Codex Ephræmi Syri rescriptus, sive fragmenta Veteris Testamenti*. M. Francisco Lenormant se ha prestado, á petición nuestra, á ejecutar el calco de un pasaje de este palimpsesto, que ofrecemos aquí á nuestros lectores como una simple muestra. El texto inferior es un pasaje mutilado del capítulo V del Eclesiastes (vers. V, 17): sabemos esto por M. Leopoldo Delisle, del Instituto.

PALLIUM.—El *pallium* es una insignia reservada á los arzobispos y á algunos obispos que ocupan ciertas sillas privilegiadas ó que las han obtenido por un privilegio personal. Los cánones, y en particular el cánon VI del Concilio de Mâcon, del año 581, prohiben á los prelados que disfrutan de ese derecho, celebrar la misa sin el *pallium: Ut archiepiscopus sine pallio missas dicere non præsumat* (tomo V. *Concil.*, pág. 968). Es un adorno de forma circular que rodea el cuello como una especie de collar y termina por dos cintas colgantes, una sobre el pecho, otra sobre la espalda (Nic. de Bralion. *Pallium archiep.*). Se compone



de lana blanca sembrada de cruces negras, que han sustituído á la figura del Buen Pastor con que primitivamente estaba adornado (Baron. *Ad an.* 216); los corderos que suministraban esta lana se bendecían solemnemente el día de la festividad de Santa Inés, en la basílica de esta mártir, en la vía Nomentana.

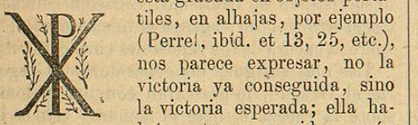
El *pallium* es, para los prelados que lo llevan, el símbolo de la humildad y del celo, porque recuerda la oveja descarriada y que lleva sobre sus hombros el Buen Pastor. Se le sujeta á la casulla con tres alfileres de oro, los cuales significan la caridad, ó los tres clavos de la cruz, á la que fué sujetado el Buen Pastor por amor á sus ovejas.

El origen del *pallium* como insignia episcopal, ofrece mucha obscuridad. El primer dato cierto que poseemos sobre su existencia, es una constitución del Papa San Marcos, disponiendo que el obispo de Ostia, que es el que da al Papa la consagración episcopal cuando éste no es obispo, antes de su exaltación á la cátedra apostólica, llevara el *pallium* en esta ceremonia (Baron. *Annal.*, an. 336). Además, se sabe que San Marcos era pontífice en 336, y su decreto supone evidentemente que el *pallium* existía ya antes. Pero en los primeros siglos había, ciertamente, una forma más amplia.

El ejemplo más antiguo del *pallium* figurado, es el que dice San Celso, obispo de Milán, de un sarcófago de esta ciudad que pasa por ser del siglo IV: este *pallium* está adornado de una sola cruz (véase Millin. *Voy. en Italie*, t. I, pág. 108). Un mosáico del siglo VIII (Ciampini. *Vet. monim.*, t. II, tab. XL) presenta á San Pedro enviando á San León un *pallium* con una sola cruz, y que, por lo demás, difiere muy poco del de nuestros días.

PALMA.—I. La palma fué, en todos los pueblos, un símbolo de victoria: *Quid per palmam*, dice San Gregorio el Grande (L. II. *In Ezech.*, hom. XVII), *nisi præmia victoriæ, designatur?* La primitiva Iglesia la adoptó

para expresar el triunfo del cristiano sobre la muerte por la resurrección: *Justus ut palma florebit*, «el justo florecerá como la palma» (*Psalm.* XCI, 13); sobre el mundo, el demonio, la carne, por el generoso ejercicio de las virtudes cristianas: *Palma victoriæ signum est illius belli, quod inter se caro et spiritus gerunt* (Origen. *In c.* XXI *Joan.*—Ambros. *In Luc.* VII). En las tumbas la palma está con más frecuencia acompañada del monograma de Cristo, lo que significa que toda victoria del cristiano sobre sus enemigos se debe á este nombre y á este signo divinos: EN TOYTΩ NIKA, *in hoc vinces*. Esta intención parece sobre todo evidente, cuando, como aquí (Bosio, página 436), el crisma está todo rodeado de palmas. Quizá deba darse la misma significación á la palma junto al Buen Pastor, ó al *pedum*, que es su signo jeroglífico, al pez (Perret, IV, XVI, 3, 10, 49), ó á cualquier otra figura simbólica del Salvador. Si la palma está grabada en objetos portátiles, en alhajas, por ejemplo (Perret, ibíd. et 13, 25, etc.), nos parece expresar, no la victoria ya conseguida, sino la victoria esperada; ella habría entonces servido, según nosotros, para animar al cristiano á luchar más todavía en la vida, colocando bajo sus ojos el premio reservado al vencedor. He aquí un tipo bastante frecuente en los sepulcros de



las catacumbas. El crisma está rodeado de una corona de laurel, y tiene á los lados dos palmas.

II. Pero la palma es el primero de todos los símbolos del martirio, porque, para los cristianos, morir es vencer: *Ergo vincimus cum occidimur*, dice Tertuliano (*Apol.*, L); y, como San Gregorio lo recuerda con toda oportunidad (*loc. laud.*), «para aquellos que han vencido al antiguo enemigo en el combate del martirio, y que ahora disfrutan su victoria en la patria, se ha escrito *Palmæ in manibus eorum*, «palmas están en sus manos» (*Apoc.*, VII, 9). También la *palma del martirio* ha llegado á ser, en el lenguaje de la Iglesia, una expresión clásica y como sacramental. Los dípticos, las actas de los mártires y los martirologios nos hacen leer constantemente: *Martyrii palmam accepit,—martyrii palma coronatus est,—martyrii palmam meruit obtinere,—cursum palmiferum consummavit*, dice Casiodoro (*De persecut. Vandal.*, apud. Ruin., l. V, pág. 73), «ha recibido la palma del martirio,—ha sido coronado con la palma de los mártires,—ha merecido conseguir la palma del martirio,—ha terminado la carrera á cuyo final se encuentra la palma». Santa Agata contesta al tirano: «Si no hacéis desgarrar mi cuerpo por vuestros verdugos, mi alma no podrá entrar en el paraíso de Dios con la *palma del martirio.*»

De ahí la costumbre de pintar á los mártires con una palma en la mano; y este símbolo se ha hecho tan popular, que nadie lo desconoce: *Fortes athletas populis palma designat esse victores*, «á los ojos de los pueblos, la palma denota que los valientes atletas han conseguido la victoria», dice Casiodoro (*Variar.*, I, 28). Cada uno de ellos, dice Belarmino (t. II. *De Eccl. triumph.*, l. II, c. 10), está representado con el instrumento especial de su pasión: el atributo común de todos es la palma. En el mosáico de Santa Práxedes (Ciampini. *Vet. mon.*, t. II, tab. XLV), á cada lado del arco mayor se ve exactamente, según el texto del *Apocalipsis* (VII, 9), una multitud de personajes, *turbam magnam quam dinumerare nemo poterat*, llevando en la mano palmas. Otros mosáicos, los de Santa Cecilia y los Santos Cosme y Damián, por ejemplo, tienen dos palmeras formando el marco de todo el cuadro, y cargadas de frutos, que son el emblema de los méritos de los mártires. Este símbolo había sido empleado en las catacumbas. Así, en una pintura de *arcosolium* (Marchi, tav. XLI), en una piedra sepulcral (Marangoni. *Act. S. Vict.*, pág. 42), y en cierto número de sarcófagos (Bottari, tav. XXII, *et alibi*), todos estos monumentos representan á Nuestro Señor entre San Pedro y San Pablo: la palmera que está cerca de este último, está coronada por un fénix, doble símbolo de resurrección particularmente atribuido al apóstol de los gentiles, porque fué el primero y más celoso predicador de este dogma salvador (véase el artículo *Fénix*).

III. Es indudable que la palma se encuentra con frecuencia en las tumbas de fieles no mártires, las cuales llevan también varias fechas posteriores á las persecuciones (Aringhi, II, 639). Llegó á ser un adorno tan vulgar, que se hicieron de ella moldes en tierra cocida (véase d'Agincourt. *Terres cuites*, XXXIV, 5) que usaban como un medio expeditivo para estampar el grabado de una palma en la cal todavía fresca de los *loculi*, expediente á veces muy útil en la precipitación que en tiempos de las persecuciones caracterizaba á estas sepulturas clandestinas.

Sea de ello lo que quiera, no está menos probado que, frecuentemente también, se empleó la palma como símbolo de martirio. El *titulus* de la joven mártir FILVMÉNA, tiene una palma en medio de instrumentos de suplicio (Perret, V, XLII, 3): otros varios ejemplos se encuentran en Boldetti (pág. 233). Nos parece difícil no ver una señal de martirio en una piedra se-